

dos errantes. La noticia de la derrota le había despertado. Preguntó, quería conocer el desastre en todos sus detalles.

Cuando comprendió la magnitud del daño, un estupor inmenso se pintó en sus ojos de niño:

—¡Derrotados! ¡completamente derrotados! ¿cómo? ¿por qué?

Aquel desastre era el que llenaba de angustia los corazones en aquella fúnebre noche. Ahora, en el Oriente, el día comenzaba á blanquear, un día triste, de una tristeza infinita; sobre las tiendas adormecidas, en una de las cuales se comenzaba á distinguir las caras de Loubet, de Lapouille, de Chouteau y de Pache, que seguían roncando con la boca abierta. Una aurora de duelo se levantaba entre las nieblas de color de humo, que subían lentamente del lejano río.

II

A las ocho, el sol rasgó las pesadas nubes y un ardiente y espléndido domingo resplandeció sobre Mulhouse, en medio de la vasta y fértil llanura. Desde el campamento, despierto, rebosando vida, se oían las campanas de todas las parroquias, cuyos sonidos llegaban claros y distintos. Aquel hermoso domingo, de horrible catástrofe, tenía su alegría, su cielo brillante de los días de fiesta.

Gaude tocó á provisiones y Loubet estaba asombrado. ¿Qué ocurría? ¿Era acaso el pollo que había prometido la víspera á Lapouille? Nacido en el barrio de los mercados, en la calle de la Cossonnerie, hijo del acaso, enganchado en el ejército, por los

cuartos, como decía él, después de haber probado toda clase de oficios, era el cocinero de la escuadra, siempre alerta para recoger lo que cayese á mano. Se fué á buscar algo, mientras que Chouteau, el artista, el pintor de puertas y ventanas de Montmartre, buen mozo y revolucionario, renegando de su suerte por haber sido llamado al ejército después de haber cumplido, se burlaba de Pache, á quien había sorprendido rezando de rodillas detrás de la tienda de campaña.—Hombre, le decía.—¿Por qué no pides al cielo que te envíe una renta de cien mil pesetas? Pero Pache, recién llegado de una aldea de la Picardía, flacucho, enjuto, de cabeza puntiaguda, dejaba que se burlasen de él con la resignación muda de los mártires. Era el que sufría todos los golpes de la escuadra, en compañía de Lapouille el coloso, el bruto nacido en las charcas de la Sologne, tan ignorante, que el día que llegó al regimiento quiso ver al rey. A pesar de que la noticia del desastre de Frœschviller circulaba desde el amanecer, los cuatros hombres se reían y hacían sus habituales faenas con la indiferencia de una máquina.

Pero en aquel momento recibieron una alegre sorpresa. Era Juan, el cabo, el cual, acompañado de Mauricio, volvía de las provisiones con una carga de leña. Por fin, se distribuyó la leña, que las tropas habían aguardado inútilmente la víspera para hacer el rancho. ¡Doce horas de retraso!

—¡Bien por la administración militar!—dijo Chouteau.

—Poco importa; ya la tenemos. Ahora veréis

qué rancho voy á hacer. ¡Os vais á chupar los dedos!

Tenia por costumbre hacer el rancho y se lo agradecían, porque guisaba muy bien, pero cuando entraba en faenas, mareaba á Lapouille dándole órdenes.

—Ve á buscar el champagne. Tráeme las trufas.

Aquella mañana tuvo una idea feliz, de pilluelo parisiense, para burlarse de Lapouille.

—Menéate, hombre, dame el pollo.

—¿Dónde está el pollo?

—Ahí, hombre, á tu lado... El pollo que te he prometido, el pollo que acaba de traer el cabo, y señalaba una piedra blanca que tenía á sus pies.

Lapouille, sin saber lo que hacía, cogió la piedra y empezó á darla vueltas.

—¡Demonio! ¿quieres lavar el pollo?... Todavía... Lávale las patas... Lávale el cuello... ¡Con mucha agua, holgazán!

Y para terminar la broma, con la alegría que le infundía la esperanza de un buen rancho, echó al puchero, con la carne, el pollo, es decir, la piedra, que había lavado Lapouille.

—¡Ya está! Vaya un gusto que va á dar al caldo. ¿Con que, no conocías esto? Ya verás, animal, como te vas á rechupar los dedos. Te voy á dar la pechuga ¡ya verás qué tierna está!

La escuadra entera se desternillaba de risa al ver á Lapouille, el cual se relamía de gusto, y cuando el fuego empezó á arder, bajo aquel cielo hermoso, cuando el agua comenzó á hervir, todos los soldados, alegres, rodeando el puchero, seguían con atención todas las peripecias, saboreando de

antemano aquel manjar. Tenían hambre canina, y desde la víspera la idea de comer, de comer algo caliente, era su única preocupación. Estaban cansados y había que llenar el estómago; las fogatas ardían y los pucheros despedían un olor muy grato y se llenaban de alegría los corazones, con una alegría voraz, en medio del repiqueteo de las campanas que llegaba desde Mulhouse.

Pero al ir á dar las nueve, se agitó el campamento, los oficiales corrieron en todas direcciones, y el teniente Rochas, á quien el capitán Beaudoin acababa de dar una orden, pasó por delante de las tiendas de su sección.

—¡Vamos! Recogedlo todo, empaquetadlo, ¡nos vamos!

—¿Y el rancho?

—Otro día se comerá. Marchamos en seguida.

La corneta de Gaude se dejó oír. Fué una consternación general, una cólera sorda. Marcharse sin aguardar una hora hasta que estuviese la comida. La escuadra quiso tomar el caldo, pero era agua caliente y la carne sin cocer, se resistía, parecía cuero entre los dientes. Chouteau gruñó algunas palabras de rabia. Juan tuvo que intervenir para acelerar los preparativos de marcha. ¿Qué ocurría para largarse de ese modo, atropellándolo todo, sin dar tiempo para comer á los soldados extenuados?

En aquel instante dijeron delante de Mauricio que aquella marcha precipitada obedecía á que se habían dada órdenes para salir al encuentro de los prusianos, para vengar el desastre de Foeschviller.

En menos de un cuarto de hora se había levan-

tado el campamento, las tiendas de campaña, dobladas y atadas, dejaron la planicie limpia, solo quedaban señales de que allí habían acampado hombres, por las hogueras que iban apagándose lentamente.

Habían existido graves razones para que el general Douay se decidiese á emprender inmediatamente la retirada. El telegrama del subgobernador de Schelestadt, recibido tres días antes, se confirmaba, pues telegrafiaban que se habían visto los fuegos de los prusianos que amenazan Markolsheim, y por otro conducto un despacho anunciaba que un cuerpo de ejército enemigo pasaba el Rhin por Huningue. Llegaban detalles abundantes, precisos; la caballería y la artillería habían sido vistas, las tropas en marcha que se dirigían por todas partes al punto señalado para concentrarse. Si se perdía una hora en levantar el campamento, la retirada quedaba cortada sobre Belfort. Con la noticia recibida de la derrota, después de los desastres de Wissemburgo y Frœschviller, el general aislado, perdido en la vanguardia, no tenía más remedio que replegarse á toda prisa, con tanto mayor motivo cuanto que por las noticias recibidas durante la mañana, la situación continuaba agravándose.

El Estado Mayor había salido el primero al trote, haciendo correr los caballos por temor de que los enemigos se adelantasen, y de encontrarlos ya en Altkirch. El general Bourgain-Desfeuilles, que preveía una dura etapa, había tenido la precaución de atravesar Mulhouse para almorzar opíparamente, aunque lamentándose de aquella atropellada retirada, y Mulhouse, al ver pasar á los oficiales,

estaba consternado. Los vecinos, al anuncio de la retirada de las tropas, salían de sus casas lamentándose de aquella brusca marcha del ejército, cuya llegada habían implorado; los abandonaban, pues, sin remedio, y las riquezas acumuladas en la estación iban á caer en poder del enemigo, y la ciudad sería aquella misma noche una ciudad conquistada.

Además, en los caminos, en los campos, los vecinos de las aldeas, de las casas aisladas, salían á las puertas asustados y sin saber qué pensar de todo cuanto ocurría. ¡Pues qué! ¿Aquellos regimientos que habían visto pasar la víspera para batirse, se replegaban ya, huían sin haber combatido? Los jefes estaban sombríos, espoleaban sus caballos sin querer contestar á las preguntas que les dirigían, como si les persiguiese la desgracia. ¿Era, pues, cierto que los prusianos acababan de aplastar al ejército, y que corrían por todas partes como la inundación de un río? Y ya en el aniquilamiento de aquellos instantes supremos, los pueblos, sobrecogidos por el pánico creciente, creían oír el lejano ruido de la invasión que crecía y aumentaba á cada instante y las carretas se llenaban de muebles, las casas se vaciaban, las familias se escapaban en largas hileras por los caminos, espantadas por aquel inmenso é imprevisto desastre.

En la confusión de la retirada, á lo largo del canal del Ródano al Rhin, cerca del puente, el 106° de línea tuvo que detenerse en el primer kilómetro de la etapa. Las órdenes de marcha, mal dadas y peor ejecutadas, habían acumulado allí toda la se

gunda división y el paso era tan estrecho, que el desfile se eternizaba.

Transcurrieron dos horas, el 106° aguardaba, siempre inmóvil, ante el interminable oleaje que pasaba delante de él. Los hombres de pie, bajo el ardiente sol, con la mochila en la espalda, el arma al brazo, acababan por impacientarse.

—Parece que somos de la retaguardia,—dijo la voz guasona de Loubet.

Pero Chouteau se encolerizó.

—Esto es para burlarse de nosotros, nos dejan asar. Eramos los primeros, y debíamos haber pasado.

Y como del otro lado del canal, por la vasta llanura fértil, por los caminos rectos, entre los trigos maduros, se daban cuenta exacta del movimiento de las tropas, que volvían andar lo recorrido la víspera, se oyeron palabras burlonas, pero de burla furiosa.

—¡Ah! Nos paseamos,—dijo Chouteau. Vaya un modo de ir á buscar el enemigo de que nos vienen hablando hace días, hasta dejarnos sordos. Llegamos y luego echamos á correr sin tener tiempo para tomar un bocado.

El descontento aumentaba, y Mauricio, que se hallaba cerca de Chouteau, asentía á cuanto decía. Puesto que estaban parados durante dos horas ¿por qué no los habían dejado comer el rancho? El hambre volvía á hacerles sufrir horriblemente; el recuerdo del rancho tirado al suelo, crudo, llenábalos de rencor hacia sus jefes y no comprendían por qué les habían hecho salir tan precipitadamente, sin darles tiempo de reponer sus estómagos. ¡Vaya unos jefes!

Pero el teniente Rochas amonestó al sargento Sapin, á quien culpaba de la insubordinación de los soldados. Atraído por el ruido, el capitán Beaudoin se acercó:

—¡Silencio en las filas!—dijo.

Juan, callado, como soldado viejo de Italia, acostumbrado á la disciplina, miraba á Mauricio, á quien la charla violenta y de mal género de Chouteau parecía entretener, y extrañaba que un señorito, tan instruido, pudiese aprobar tales palabras, que aunque contuviesen un gran fondo de verdad, no debían pronunciarse. Si cada soldado empezaba á criticar á los jefes y á dar su opinión, no irían muy lejos, seguramente.

Después de una hora de espera, el 106° recibió la orden de marcha, pero como el puente estaba aún ocupado por la retaguardia de la división, se produjo un desorden espantoso. Mezcláronse algunos regimientos, desfilaron compañías enteras, arrastradas, empujadas, mientras que otras, rechazadas á la linde del camino, tuvieron que marcar el paso, y para completar la confusión, un escuadrón de caballería se empeñó en pasar, empujando, atropellándolo todo, obligando á los rezagados que la infantería sembraba, á refugiarse en los campos que bordeaban el camino. Al cabó de una hora de marcha, los soldados, desbandados, se arrastraban penosamente.

De este modo, Juan se encontró á retaguardia, aislado, en un camino bajo, con su escuadra, á la que no había querido abandonar. El 106° había desaparecido, no se veía ni un oficial ni un soldado de la compañía. Sólo quedaban allí soldados desperdi-

gados, una barahunda de desconocidos, cansados, reventados, molidos desde el comienzo de la etapa, marchando cada cual á su antojo por las veredas. El sol caía á plomo y hacía mucho calor, y la mochila aumentaba con el complicado material de campaña, que abultaba sus proporciones, pesaba extraordinariamente sobre aquellas espaldas. Muchos no se habían acostumbrado á llevarla, y solamente con el peso del capote de campaña, semejante á gruesa chapa de plomo, se sentían muy molestos. De pronto, un soldado pequeño, pálido, con los ojos hinchados, se detuvo, tiró su mochila á una zanja, lanzando á la vez un enorme suspiro, el suspiro de un hombre que agonizaba y vuelve á la existencia.

—Ese está en lo cierto,—murmuró Chouteau.

Sin embargo, continuó la caminata, doblegado bajo el peso que llevaba; pero otros dos hombres tiraron al poco rato lo que tanto les cansaba y ya no pudo contenerse.

—¡Fuera lo que estorba!—dijo, y á su vez tiró á la zanja su mochila.—¡Gracias á Dios,—decía,—veinticinco kilos sobre mis riñones! ¡Pues ni que fuéramos burros de carga para arrastrar tanto peso!

En seguida Loubet le imitó y obligó á Lapouille á hacer lo propio. Pache, que se santiguaba delante de las cruces que encontraba en el camino, desató la carga con cuidado y la colocó contra un muro, como si tuviera que volver á recogerla.

Sólo quedaba Mauricio, cuando al volverse Juan y ver á sus hombres de aquel modo, les dijo:

—¡Recojed vuestras mochilas! pues si no yo pagaré el pato.

Pero los hombres sin sublevarse, mudos, de mal talante, seguían andando y empujando al cabo delante de ellos en aquel estrecho camino.

—¿Quieren recoger lo que han tirado ó daré parte por escrito?

Aquello fué como un latigazo para Mauricio. Dar parte por escrito ¡aquel brutazo de patán! porque unos desgraciados que no podían más, con los músculos destrozados ya, soltaban su pesada carga. Y en un momento de rabia imitó á sus compañeros echando su mochila á tierra, al mismo tiempo que desafiaba al cabo con la mirada.

—Bueno va,—dijo Juan con calma comprendiendo, que no podía luchar. Esta noche ajustaremos las cuentas.

Mauricio sufría enormemente de los pies. Aquellos zapatos gruesos á que no estaba acostumbrado, le habían puesto los pies en carne viva. Era delicado de salud y conservaba aun en la espalda la herida que le había causado la mochila, que le hacía sufrir mucho, á pesar de haberse quitado aquel enorme peso de encima, y el fusil, que no sabía como llevar, bastaba para cansarle. Pero su angustia se veía aumentada por una agonía moral, en una de esas crisis desesperantes á las que estaba sujeto.

Bruscamente, sin resistencia posible, asistía á la ruina de su voluntad, volvía á sus malos instintos, á ese abandono de su persona, que después le hacía llorar de vergüenza.

Sus faltas en París no habían sido más que locuras del otro, como el decía, del muchacho débil, á las que se doblegaba su naturaleza en las horas de

cobardía en que se sentía capaz de cometer las mayores villanías. Desde que arrastraba su cuerpo bajo aquel sol de justicia, en aquella retirada que parecía una derrota, se había convertido en una bestia más de aquella manada dispersa, desbandada, que iba sembrando hombres por el camino. Era la influencia de la derrota, del trueno que había estallado muy lejos, á algunas leguas, y cuyo eco perdido agujoneaba á aquellos hombres, aniquilados por el pánico, que huían sin haber visto al enemigo. ¿Qué se aguardaba á aquella hora? ¿No había acabado todo?

Habíanlos derrotado y no les quedaba más recurso que tumbarse y morir.

—¡Caramba!—dijo en voz alta Loubet con su sonrisa de pilluelo,—pues por aquí no vamos á Berlín.

¡A Berlín, á Berlín! Mauricio recordó aquel grito aullado por el gentío aquel que hormigueaba durante la noche de loco entusiasmo en los boulevares de París; noche durante la cual se decidió á sentar plaza. Las cosas habían cambiado completamente cual si hubiesen estado sujetas á la influencia de un viento de tempestad, y todo el temperamento de la raza se hallaba compendiado en aquella excesiva confianza que se convertía bruscamente, con los primeros desastres, en total decaimiento, como lo demostraban aquellos soldados errantes, vencidos y dispersos sin haber combatido.

—¡Pues no me fastidia poco este chismel!—añadió Loubet cambiando de brazo su fusil,—¡vaya un chirimbolo para ir de paseo!

Y aludiendo á lo que había percibido como sustituto añadió:

—¡Caramba, mil quinientas pesetas por hacer este oficio; no se ha dejado robar el que me las ha pagado!... Y con qué tranquilidad fumará sentado en una butaca el ricachón que me ha comprado y que me ha enviado aquí para que me rompan el bautismo!

—¡Yo—gritó Chouteau—ya había cumplido y me iba á marchar á casa. ¡Francamente, no he tenido mucha suerte al venir á parar aquí!

Movía su fusil con rabia. Después le lanzó con violencia por encima de una valla, diciendo:

—¡Anda, vete á paseo!

El fusil dió un par de vueltas en el aire, y fué á caer en un surco donde quedó largo é inmóvil, semejante á un muerto. Otros fusiles le siguieron. El campo se llenó en seguida de armas que yacían sobre él, con una tristeza aumentada por el abandono, bajo aquel sol abrumador. Fué una locura epidémica, el hambre que atormentaba los estómagos, el calzado que hería los pies, aquella marcha que hacía sufrir tanto, la derrota improvisa que amenazaba á retaguardia. Ya no había que esperar nada bueno; los jefes les abandonaban, la administración militar no les daba de comer, el cansancio, el aburrimiento, el deseo de acabar en seguida, antes de haber principiado. Entonces ¿para qué servía? El fusil podía ir á reunirse con la mochila, y en un momento de rabia imbecil, en medio de carcajadas parecidas á las de locos que se divierten, los fusiles empezaron á volar por el aire imitando los últimos á los primeros rezagados, esparcidos á lo lejos en el campo.

Loubet, antes de soltar el suyo, hizo con él un

30837

molinete, como si fuera el bastón de un tambor mayor; Lapouille, al ver á sus compañeros tirar las armas, debió creer que aquello formaba parte de la maniobra y los imitó. Pero Pache, con la confusa conciencia del deber, efecto de su educación religiosa, se negó á tirar el suyo á pesar de los insultos de Chouteau, que le llamaba sacristán.

—¡Vaya un muñeco! Porque su aldeanaza de madre le ha hecho comulgar todos los domingos... vete á ayudar á misa... ¡es una cobardía no imitar á los compañeros!

Mauricio marchaba silencioso, con la cabeza caída, bajo aquel cielo de fuego.

Y no avanzaba más, porque se hallaba influido por una pesadilla atroz, causado, alucinado por fantasmas, como si marchara á un precipicio que veía allá á lo lejos delante de él: era el abatimiento de toda su cultura de hombre instruido, una humillación que le arrastraba á la bajeza de los miserables que le rodeaban.

—¡Mire, usted tiene razón!—dijo bruscamente á Chouteau.

Mauricio había dejado ya su fusil sobre un montón de piedras, cuando Juan, que intentaba en vano oponerse á aquel abandono inaudito de las armas, le vió y se acercó á él.

—Coja usted su fusil inmediatamente, ¿lo oye usted? inmediatamente.

Una oleada de cólera terrible había enrojecido el rostro de Juan. El, tan templado siempre, acostumbrado á conciliarlo todo, tenía los ojos inyectados y hablaba con voz de trueno. Los soldados que no le habían visto nunca así, se pararon sorprendidos.

—¡Coja usted en seguida su fusil ó tendrá que entenderse las conmigo!

Mauricio, estremecido, sólo pronunció una palabra para ultrajarle.

—¡Aldeano!

—Sí, eso es; soy un aldeano, mientras que usted es un señorito... Por eso mismo es usted un cochino, se lo digo á usted cara á cara.

Hubo algunas protestas, pero el cabo continuó con extraordinaria animación:

—Cuando un hombre tiene instrucción lo demuestra. Si somos aldeanos y brutos debiera usted darnos ejemplo, puesto que sabe usted más que nosotros... Coja usted su fusil ó hago que le fusilen al llegar.

Domado Mauricio, había recogido el fusil. Lágrimas de rabia se escapaban de sus ojos. Continuó la marcha tambaleándose como un borracho, entre los camaradas que ahora se burlaban de él porque había cedido. ¡Ah! ¡cuánto odiaba á Juan después de haber recibido aquella dura lección cuya justicia comprendía! y como Chouteau gruñía que á los cabos de esa clase se les ajustaban las cuentas un día de batalla, metiéndoles un balazo dentro de la cabeza, se figuró ya que estaba matando á Juan detrás de algún muro.

Un incidente vino á cambiar el orden de sus ideas. Loubet notó que Pache, durante la reyerta, había abandonado también su fusil, suavemente, dejándolo al pie de un terraplén. ¿Con qué objeto? No trató de explicarlo; se reía de aquella ocurrencia, un poco avergonzado, como un chicuelo bueno á quien echan en cara su primer pecadillo. Muy

alegre, rehecho un tanto, siguió andando con las manos libres y por aquellos interminables caminos alumbrados por el sol, entre los higos maduros y los plantíos de lúpulos que se sucedían siempre iguales, la desbandada continuó; pues los rezagados, sin mochilas y sin fusiles, no eran más que un tropel de hombres extraviados, perdidos; una mezcla de pillos y de mendigos, al acercarse los cuales se cerraban todas las puertas de los pueblos por donde pasaban.

En aquel instante hubo un encuentro que acabó de encolerizar á Mauricio. Un sordo y continuo rumor llegaba de lejos: era la artillería de reserva que había salido la última, y cuya cabeza desembocaba de repente en el recodo del camino; los rezagados desbandados, sólo tuvieron tiempo de saltar las lindes y dejar el paso libre. Marchaba en columna y desfilaba al trote en orden correcto, todo el regimiento de seis baterías, el coronel en el centro, los oficiales en su puesto. Los cañones pasaban resonantes, á intervalos iguales, acompañado cada uno de su carro, de seis caballos y de sus hombres. Mauricio reconoció en la quinta batería el cañón de su primo Honorato.

El sargento estaba allí muy plantado sobre su caballo, á la izquierda del conductor delantero, un joven rubio, Adolfo, que montaba un caballo fuerte, un hermoso alazán admirablemente acoplado; mientras que entre los seis sirvientes de la pieza, sentados de dos en dos sobre los cajones, se encontraba en su sitio el artillero Luis, un muchacho moreno, el compañero de Adolfo, la pareja, como decían, según la regla establecida de aparejar un hombre de

á caballo con un hombre de á pie. Aparecieron á los ojos de Mauricio, que los había conocido en el campamento, más grandes; el cañón, arrastrado por sus cuatro caballos, que seguía el carro de municiones arrastrado por otros seis caballos, le pareció brillante como un sol, cuidado, limpio, querido de todo el mundo que le rodeaba, de los hombres y de los animales que marchaban á su lado como si formaran familias de valientes; pero Mauricio sufrió atrozmente al notar la mirada de desprecio que su primo Honorato lanzaba sobre los rezagados, asombrado de verle á él entre aquella manada de hombres desarmados. El desfile terminaba, el material de las baterías, los tiros, las forjas, y poco después, en una última oleada de polvo, pasaron los hombres y los caballos de recambio, que desaparecieron al trote largo en otro recodo del camino, en medio del ruido que poco á poco se perdía de cascos y ruedas.

—¡Vaya, vaya, bien se puede estar tieso cuando se va en coche!

El Estado Mayor había encontrado libre á Altkirch. Los prusianos no habían llegado aún y siempre con el temor de verlos aparecer de un momento á otro, el general Douay había querido continuar hasta el pueblo de Dannemarie, á donde las cabezas de las columnas habían llegado á las cinco de la tarde. Eran las ocho y la noche se echaba encima cuando apenas había empezado á establecerse el campamento, en la confusión de los regimientos reducidos á la mitad. Los hombres, extenuados, caían al suelo rendidos por el hambre y el cansancio. Hasta cerca de las diez de la noche fueron lle-